

**DISCURSO PRONUNCIADO POR JESUS M. BERNAL,**  
ESTUDIANTE DE JURISPRUDENCIA Y MIEMBRO DE LA SOCIEDAD JURIDICO-LITERARIA.

Sor. Gobernador, Sor. Rector, Señores.

La belleza, esa luz que hiera la pupila del ser racional, ese dedo divino que arranca los sonos más dulces del corazón humano, es propiedad con la que brilla lo corpóreo y lo espiritual; pero en aquello no se manifiesta, sino de una manera vaga, incoada é imperfecta, mientras que en lo espiritual se ostenta, tanto más

patente, perfecta y esplendorosa, cuanto más cerca se halla de Dios, fuente infinita de belleza infinita. Ahora bien, el alma humana destello de la Divinidad, lleva en sí el sello de su origen, en la tendencia á lo bello, en esa aspiración progresiva á la hermosura infinita; mas, el vuelo de sus aspiraciones se halla obstado por las amarras de la materia, y de aquí el que sus ojos se fijen en lo que está más cerca de ella, en la belleza corpórea, sombra ó indicio de la belleza eterna. Por lo mismo, el hombre cediendo por una parte á su inferioridad y por otra á sus tendencias, aprende las bellezas terrestres, toma lo mejor de ellas, y forma en su interior un tipo conforme á su gusto. Este ideal de belleza, esta lumbre que arde en el interior y objeto de su amor. Pero es condición de las cosas, el no ser amadas sino en proporción á su belleza; por consiguiente, el amor que se las profesa debe estar subordinado al amor que le debemos al Ser infinitamente bello, infinitamente amable.

Esta verdad tan palmaria y sencilla ha sido echada en olvido por nuestro siglo orgulloso y ateo, y su ojo viciado por las sombras del materialismo no ve otra belleza que la corpórea, de la cual ha hecho su ídolo. Por eso vemos, no pocas veces, que la poesía, perdida la corona de otros tiempos, desciende hasta los pies de la materia, y que disfrazada con el traje de vil ramera entona el canto de la prostitución.

No es bueno sino lo perfecto, ni amable sino lo bueno. ¿Qué hace por consiguiente el poeta que tomando lo imperfecto por lo perfecto, lo finito por lo infinito, canta á la materia? Contrariar á la naturaleza, postrarse ante un Dios miserable y falso, prostituir su genio. No hay que depurarlo, el genio para ser grande necesita un asunto grande, para ser sublime, un asunto sublime. El genio que no levanta su cabeza á lo alto ¿qué es sino un pigmeo que no tiene más horizontes que el átomo de un polvo donde pisa? La poesía es una vibración musical que suena al unísono con lo bello ¿se quiere una nota viril y duradera? hágase que corresponda á las armonías de la belleza increada. Mas, la pobre inteligencia humana no puede por sí sola descubrir la vereda que conduce á la verdad; necesita de un dedo que se la indique, y ese dedo no puede ser sino el del catolicismo, de esa religión de las armonías, que da la virtud como el tipo de la belleza, y el vicio como el de la fealdad. Por tanto, el genio debe nutrirse con las enseñanzas de la estética católica; y entonces, sólo entonces la poesía recobrará su cetro, y será la voz de vida, á cuyo resonar palpitará de amor el universo todo.

La poesía, así ordenada, es una profesión nobilísima servida por el corazón, que glorifica á Dios, educa nuestro propio carácter y civiliza los pueblos.

Sin detenernos en las varias y á cual más erradas nociones, que de la belleza nos dan las diferentes escuelas, nosotros la definiremos con la católica, diciendo que es: "La bondad intrínseca de las cosas, por la cual excitan la complacencia del espíritu racional; según que dicha bondad, en virtud de esta complacencia, llega á ser la razón del deleite que experimenta el espíritu que la contempla". Esta es la noción que tuvo de la belleza el filósofo de Estagira, cuando, aunque de una manera oscura dijo: "Bello es todo lo que es bueno, y como tal, dulce". De esto se desprende que la belleza engendra amor, y el amor,

deleite; así como también que la belleza no puede ser percibida sino por el ser racional.

Ahora bien, la mano divina que ha prendido en cada hombre la luz de la inteligencia ha esparcido también la belleza por el universo todo. Donde quiera que el hombre fije su mirada, ahí encuentra abundante regalo para su espíritu: en las entrañas de la tierra, sorprende la luz; en la superficie, la luz, el movimiento y la vida en mil prodigiosas manifestaciones; y más allá en los espacios, lo indefinido de la creación, gigante, magestuoso, espléndido, pregonando en himnos mundos las excelencias de su Autor. Sí, todo en la inmensa gradación de los seres, desde lo inorgánico hasta lo espiritual, resplandece con la luz de la belleza. Pero el alma no se sacia con la contemplación de la belleza corpórea; ella en razón de la nobleza de su origen, reclama, como propio, el goce que proporciona la contemplación de la belleza suprasensible. Esto ¿por qué? Porque lo corpóreo no brilla, sino con la luz que apenas y escasamente le envía el sol de la belleza increada; porque, según el decir de San Agustín, y de varios otros colosos del saber humano: "La belleza corpórea es el grado ínfimo de la belleza". Y aunque, como alguien ha dicho, "las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles después de la creación, por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas;" con todo, la belleza suprasensible, rara, muy rara vez, se manifiesta en todo su esplendor en el reino corpóreo; pues, ó nuestra inteligencia no alcanza á percibirla, ó bien se presenta mezclada con defectos y rodeada de circunstancias tales, que hacen difícil el deleite. Por lo mismo, el hombre siente en su interior la necesidad de separar las imperfecciones que acompañan á la hermosura del orden espiritual, de corregirla, depurarla, percibirla en toda su limpidez y gozar sin taza del deleite que ella causa: he aquí el origen de las bellas artes, en cuya denominación se comprende la poesía. Por tanto, el oficio de estas ó mejor de la poesía, es, según un sabio autor, el procurarnos la clara percepción, y por consiguiente, el suave deleite de la belleza perteneciente al orden espiritual. Este es el fin próximo é inmediato de las bellas artes; pero la falsa filosofía quiere aún más, quiere que este fin sea el único y solo; pues olvidando que de todo lo existente, sólo aquello que no debe á otro la razón de su ser, tiene en sí mismo su principio y su fin, afirma que el arte tiene en sí mismo su fin, y que el subordinarlo á otro, es destruir su nobleza, coartar su vuelo y empedaquesecerle. No, el bien que es el deleite causado por la contemplación de la belleza, no es el único y exclusivo; porque todo bien tomado como fin, si se le considera con relación á otro superior, no es sino medio respecto de este; pues como lo afirman hasta los mismos filósofos paganos, sólo un bien no puede servir de medio á otro y es el bien absoluto, la felicidad perfecta. Es un error afirmar que, Dios que le dió al hombre aptitud para el arte, que es manantial de abundantes bienes, quiera que el solo bien que emane de esa aptitud sea el deleite, porque eso es tildar de imperfección á la Sabiduría Divina. Por tanto, el arte, á más del deleite que debe procurar con la manifestación de la belleza, tiene un fin remoto, que es el de glorificar á Dios, fin último del hombre. Luego, la poesía, rectamente entendida, es un concierto que suena en loor del Creador.

Vamos ahora á estudiar otra de las notas de la poesía. Hemos dicho que ella educa nuestro propio carácter: en efecto, siendo el fin del arte y por lo mismo de la poesía, el procurar la clara visión de la belleza, es claro que el poeta para mostrarla, tiene que percibirla primero él. La contemplación de la belleza causa deleite; y ¿qué es es deleite, sino la complacencia, la fruición espiritual del alma enamorada? Pero es condición de sólo lo bueno el causar amor, luego el poeta al amar lo bello, ama lo bueno, cuya expresión suprema es la virtud, y Dios la virtud por excelencia: he aquí como la poesía influye en la educación de nuestro propio carácter.

Sensibilicemos este raciocinio: San Vicente de Paul recogiendo á los expósitos, Sócrates apurando la cicuta, Régulo abandonando una vida alhagüenia para ir á morir en Cártago; he aquí cuadros dignos de los sonos más altos de una lira, cuadros á cuyo aspecto el genio se estremece y canta como el ave á la presencia del sol. Pero examinemos qué es lo que ha determinado el cantar del poeta: él ha contemplado esos cuadros, ha comprendido, á la luz de la razón, la caridad del uno, la abnegación del otro, y el patriotismo de aquel; los ha contemplado, su razón los mismos, los ha declarado bellos en razón de la bondad intrínseca de los mismos, y los ha amado, gozado y cantado. Pues bien ¿quién ama estas virtudes dejará de sentirse arrastrado á su imitación? ¿Podrá ceder á las sugestiones de los vicios contrarios á ellas? Preguntas son estas que envuelven en sí mismas la respuesta. Luego la poesía educa nuestro carácter.

Esta influencia de la poesía cuando el poeta canta la belleza del orden intelectual, se ejerce también cuando canta, la del corpóreo. El hombre en quien arde la llama espiritual del genio, ve allí en donde el ojo del profano no descubre nada, un tesoro de hermosura, una fuente de suave y dulcísimo deleite. La flor que exhala su aroma al beso de la luz, el árbol que se mece al empuje de la brisa, la nube que vuela por el espacio ¡qué de encantos no tiene para él! El nido suspendido en lo oscuro del ramaje, la hormiga que vive en la superficie de un sepulcro, la hoja seca que se estremece y cae, tienen para él acentos que sólo él entiende. Sólo para regalar su oído, el silencio y la soledad entonan sus himnos, en la nave del templo, en el recinto del panteón y en el seno de la noche. ¿Pero es sólo la sensación de lo agradable, lo que siente el hombre al aspecto de estas cosas? No, si así fuera, su condición no sería superior á la del bruto, para el que también es dulce el aspecto de las maravillas de la creación; así vemos que el primer rayo de luz, determina el cantar del ave, el jugar del corderillo y el bullir del pez en las aguas, hasta los mismos animales uraños y feroces, se muestran sensibles á los encantos de la naturaleza; ¿no se nos cuenta que no es raro el hallar á cierta especie de serpientes, inmóviles escuchando el canto de algún pájaro? No es pues lo agradable de las cosas, percibible también por el bruto, lo que le cautiva al hombre, es la acción de la belleza lo que en el opera, esto es el conocimiento de la bondad de las cosas, que consiste en su conformidad con la inteligencia divina. El hombre á más de lo agradable que siente mediante los sentidos, percibe la belleza, cuyos elementos son á más de la proporción, orden, armonía, movimiento y vida, la analogía que los objetos corpóreos tienen con las cosas del orden suprasensible, la semejanza que ellas tienen con las

virtudes morales del alma. Así una columna de humo, un haz de fuego nos son bellos, porque son sutiles, intangibles, porque tienen, si se me permite, algo de espiritual; la aguja atrevida de una torre, el pico erguido de un monte, la inmensidad del espacio nos suspende, porque nos da una idea de lo infinito; la tímida paloma nos encanta, porque nos trae á la memoria la pureza y candidez de la infancia; el color blanco, porque nos parece el traje que viste la castidad; y el azul el de la conformidad y esperanza. Sí, lo corpóreo se nos ofrece como bello, en razón principalmente de la analogía que nuestra inteligencia establece con lo bello moral, que es el fundamento y principio de lo corpóreo. Pero dijimos ya que la belleza espiritual consiste en la virtud; luego al amar la belleza corpórea, amamos la virtud, luego la poesía educa nuestro carácter.

Dijimos que la poesía civiliza á los pueblos, en efecto, la naturaleza humana aunque viciada por el pecado, tiende hacia la verdad por que fué creada para ella; y cuando hay alguien que se la muestre, cuando la distingue, se lanza en pos de ella, la persigue y la busca, obedeciendo á un sentimiento innato. Ahora bien, el poeta sensibilizando la belleza suprasensible y espiritualizando la física, es quien disipa las brumas interpuestas entre el mundo y el sol de la verdad; deslumbra los ojos del mortal con los fulgores de la belleza, excita su amor, y así como el Gran Jehová guiaba al pueblo israelítico, mediante una columna de fuego; el poeta, mediante los acordes de su lira determina el andar de las naciones, hacia la fuente infinita de las armonías: cosa en la que consiste la verdadera civilización, el verdadero progreso. Este hecho se halla patentizado por la historia: ella nos muestra que los pueblos en su infancia, no tuvieron otro legislador ni otro sacerdote que el poeta. De la poesía nacieron la religión y la política de Grecia y Roma, pueblos gigantes cuya civilización aun nos asombra. Poetas fueron los órganos de la legislación divina del pueblo escogido. Y finalmente la civilización moderna ó mas bien cristiana, es hija de la poesía: pues todos los fundamentos de la grandeza y civilización actual, se hallan contenidos en la Biblia, en ese libro suspirado por Dios y sus profetas, en ese libro que encierra todas las armonías desde la más suave y dulce de la lira, hasta la más alta y resonante de la trompa. Sí, la Providencia concedora de la rudeza y deprabación del hombre salvaje, no podía por menos que hacer de la armonía el vehículo de la luz, el apóstol de la civilización.

Pero, si hablando en general, la poesía determina la cultura de los pueblos, conviene notar que esta no alcanza todo su desarrollo, sino cuando recibe el impulso de la poesía rectamente entendida. Así los pueblos Griego y Romano á pesar de la enorme altura á la que se levantaron, nos parecen pigmeos; esto ¿por qué? Porque su poesía y por lo mismo su religión y leyes eran torcidas. La poesía para tener el influjo que le atribuímos, necesita batir sus alas en los ámbitos de lo infinito en busca de la divinidad; por que sólo entonces los pueblos recuerdan su origen y comprenden su destino. Cuando la poesía desconoce su fin, lejos de ser la voz de avance en la conquista de la civilización, es nada más que el grito cobarde que manda la fuga.

Apreciemos pues en lo que valen las excelencias de la poesía, reconocamos que ella lejos de ser un mero sonido destinado á conmover por un momento

la atmósfera de este mundo, es un grito gigante, lanzado por los espacios en busca de la Divinidad: apreciémosla como al medio en el cual nuestro espíritu agita sus alas, en su volar incesante hacia el Ser de donde emanó; reconozcámosla como al agente civilizador de los pueblos, como al guía deparado por la Bondad divina, para conducir al mundo al travez de los tiempos por la áspera vía del progreso.

Y vos juventud Azuaya, vos que cultiváis la poesía, comprended que habéis aceptado el sacerdocio de un culto divino; y ora empuñéis la trompa heroica, ora la modesta lira, haced que vuestos cantos sean, no el grito orgulloso del blasfemo, ni el ay desesperado del ateo; sino el himno que predique las excelencias del Creador, ó el suspiro que difunda la resignación y la esperanza.